

~~~~~

NOCHE SEGUNDA.

—o—

Mis conductores, á quienes probablemente se había encargado el silencio, me dejaron en el primer postigo de la casa de la *Fuerza* en poder del alcaide, y se fueron luego que se les dió el recibo de su entrega. Entónces, alumbrando con dos teas ahumadas, un llavero con su gorro de pelo, escoltado de dos perros enormes, me hizo atravesar un corredor largo, estrecho y torcido, y me condujo á un patiecillo, encima del cual estaban los segundos encierros. Pasé trabajosamente por las puertas de hierro, por las cuales no se puede entrar sinó á gatas. Despues de pasadas nueve, me dejó en fin en un calabozo, sobre un

mal piso de madera apolillada, con un jergon lleno á medias de paja menuda, y una manta hecha pedazos. Mi huésped con voz ronca y tono áspero me dió las buenas noches, y me encargó tuviese buen ánimo, y luego llamando á sus perros, cerró la maciza puerta con tres cerraduras y otros tantos cerrojos.

Repito, que abrevio, para llegar á lo que mas nos interesa. Como mi ardid para manifestar á Luis que no le habían desamparado todos sus amigos, suponía alguna travesura, me pusieron sin comunicacion. Seguí así hasta el 3 de setiembre, esto es, veinte y un dias, privado de hablar con otro que con mi carcelero, alimentado con sopa malísima y con habichuelas á medio cocer; pero con mas zozobra por la suerte de la familia destronada, que por mi propia desventura.

Los primeros dias de setiembre se-

rán de execración eterna por los delitos públicos que los mancharon. Cuando la historia describa los sucesos de aquellos días, pintará con colores sangrientos á los asesinos sentados sobre sus víctimas, mandando desde este horroroso trono nuevos homicidios. No es mi ánimo estenderme en su funesta narrativa, sinó contentarme con lo que mira á mi persona.

Un escaso rayo de luz entraba en mi calabozo por los barrones de una lumbrera, á la cual solía arrimar mi vista. El espectáculo de los presos que se paseaban por un patio espacioso, y el grato verdor de un plantío de arbolillos regocijaban mi vista, aliviaban mi tristeza, y disminuían al parecer la lóbreguez de mi sepulcro.

En la mañana del 2 de setiembre advertí en la fisonomía de los mas de los encarcelados un mortal desasosiego. Veía que puestos en corrillos conferen-

ciaban, y que despues los principales entre ellos se paseaban dándose palmas en la frente, miéntras otros permanecían mudos, pálidos y sin movimiento. Cerca del medio dia un oficial general entró en el patio, rodeado del alcaide, de su muger y como de una docena de porteros, carceleros y llaveros. Todos los presos le cercaron, y me pareció que les hablaba. Acabado el razonamiento salió, cada cual volvió á su cuarto, los guardas cerraron las puertas, y el patio quedó despoblado. Todas estas circunstancias y el ademán asombradizo de los carceleros me infundían el mayor sobresalto.

Se aumentó todavía mas al oír unos alaridos lejanos, interrumpidos y sufocados de improviso. Entre estos gemidos dolorosos me pareció distinguir algunos clamores violentos y como un ruido de armas. Cinco ó seis toques de rebato redoblaron mi susto; y nada

encuentro comparable al terror que me infundió el silencio que se siguió despues.

Luego fué interrumpido por la llegada de un portero, que con una voz en extremo lúgubre llamó uno por uno á varios individuos. Los veo salir, á unos con precipitacion y como fuera de sí, y á otros pausadamente cubiertos de palidez. Por espacio de mas de quatro horas se fueron desocupando los cuartos, y los presos pasaban al gran retrete del centro, de donde ninguno volvía.

Mi fantasía se fatigaba, sin que acertara á fijarse en ninguna idea. Me hallaba tan ageno de la realidad, que al fin llegué á persuadirme que se daba libertad á todos los presos. Ay de mí! demasiado cierto era, pues la hacha cortaba sus cadenas, y la muerte los libertaba para siempre. El llamamiento eesó desde las cinco hasta la noche, y

entónces encendieron los faroles del patio; pero contra la costumbre no soltaron los perros. Se verá que estas circunstancias menudas no eran casuales.

El silencio duró de nuevo hasta las once. Acababan de dar y yo de dejar mi puesto de observador, para entregarme un rato al descanso, cuando un gran ruido llamó otra vez mi atencion. Abrieron el postigo del centro con estruendo, y en un instante inundó el patio un tropel de gente armada y con hachones encendidos. Hablablan con arrebató y grosería, mezclando con sus razones mil amenazas y juramentos horrorosos. Noté especialmente uno, cuya traza, trage y ademan me horrorizaron. Era alto, flaco y corcovado, y tenía las piernas y brazos descompasados. Bajo del gorro sucio que cubría su mezquina cabellera roja y crespa, se divisaba un rostro horren-

do y cárdeno, con cejas negras y desmedidas, ojos huecos, encendidos, y un movimiento convulsivo en los labios. Este monstruo medio vestido ostentaba su pecho velludo y sangriento, y de la lanza en que se apoyaba, corría la sangre que coloreaba su brazo arremangado. El aspecto de aquel foragido que acaudillaba á los demas, me hizo adivinar los desafueros que habían cometido, y los que estaban preparando. Comprendí que el dia de la mortandad había llegado, que estaba próxima la hora de mi muerte, y que así necesitaba de aliento y resignacion. Ademas de esto, la certeza que yo creía tener del asesinato de la familia real, hizo que aquel momento fuese uno de los mas amargos de mi vida.

Mi calabozo estaba muy distante del lugar en que se habían reunido los facinerosos, para que pudiera oirlos; mas colegí por sus miradas centellan-

tes y sus ademanes furiosos, que exigían del alcaide que les entregase los presos restantes, y que aquel hombre honrado oponía la resistencia mas virtuosa á su infernal tenacidad.

Luego la contienda se fué acalorando mas y mas, y se oían voces tumultuosas y denuestos en medio de la voinglería. Los asesinos estaban en la conmocion mas terrible; pero cuanto mas se encolerizaban y amenazaban, tanto mas firme se mantenía el alcaide haciéndoles frente. Entónces el foragido sobredicho se le acercó con los ojos encendidos y la boca espumosa, le sacudió con violencia, le echó en el suelo, y se fué en seguida con sus horribles compañeros.

Apénas desaparecieron, el alcaide se levantó, entró precipitadamente en algunos cuartos del piso de la calle, los dejó con mas rapidez todavia, los cerró, los fué mirando todos despavorido,

y luego se salió, quedando el patio por tercera vez desierto.

Bajé entónces de mi observatorio, y me puse de rodillas para ofrecer á Dios el sacrificio de mi vida, pues no dudé que estaba cerca de perderla. Un ruido de llaves y el rechinar del quicio de mi puerta que estaban abriendo, me hizo creer que era llegada mi última hora. Me puse en pié, y entraron dos hombres, de los cuales el uno, que era *Bault*, el alcaide, conducía por la mano á otro, y le tranquilizaba. Serénese Vd., si es posible, le dijo: está Vd. en el sitio mas escondido de la casa; habría que derribarla toda desde los cimientos, para poder descubrirlo. Crea Vd. que en apuro semejante este calabozo es preferible al *del doblon*: cuanto mas que le dejo á Vd. bien acompañado. Buenas noches, señores: la tormenta es terrible, pero abonanzará. — Cerró la puerta, y me

quedé en medio de la lobreguez á solas con el desconocido.

En tales encuentros el conocimiento y la conversacion se entablan al golpe. Por otra parte, á favor de la linterna que traía el alcaide, había podido ver, aunque de paso, á mi nuevo compañero, cuyo aspecto no me era desconocido; y por aquí di principio á mis razones.

Era el señor de Chamilly, ayuda de cámara de Luis xvi, quien me hizo saber, que una especie de tribunal formado desde la madrugada, sin saber cómo, se había instalado en el atrio de la *Fuerra*, y había dispuesto una matanza en regla. Iba á comparecer ante aquel tribunal sanguinario, que sin duda le hubiera comprendido en el degüello, á no mediar la caridad protectora del alcaide *Bault*. Despues se estendió en el pormenor del acontecimiento horroroso de aquel dia,

aunque no estaba enterado de todo; pero demasiado sabía, para que se le erizasen los cabellos á un hombre sensible, y para que vertiese lágrimas de sangre al oírlo.

Quedamos sumergidos en la congoja mas amarga hasta las dos y algunos minutos de la madrugada. El silencio espantoso que nos rodeaba, solía interrumpirse de cuando en cuando por unos alaridos de dolor, que eran sufocados con fieros clamores. Nos parecía asequible, oyendo los golpes de los sajonos, calcular el número de las víctimas; y como la casa de la *Fuerza* está dividida en edificios separados por patios espaciosos y paredes elevadas, juzgamos que los matadores no olvidaban á nadie, y que por donde quiera encontraba la muerte alguna presa con que cebarse.

En este intermedio cuatro foragidos medio desnudos, fuera de sí con el

vino y por su furor, y salpicados de sangre, entraron en el patio vertiendo horrosas imprecaciones, y arrastrando por los cabellos á un llavero anciano, compasivo, que les había defraudado algunas víctimas. Al pasar cerca de nuestra lumbrera, oímos que pronunciaban perceptiblemente el nombre de *Rhulieres*, y que juraban quitarle la vida con tormentos dilatados. En efecto, habiéndolos introducido un portero en un cuartito del piso de la calle, arrebataron á aquel oficial desventurado, á quien desnudaron desde luego con el desenfreno mas brutal, y descargándole despues sablazos, le hicieron correr delante de ellos martirizado con los mas escesivos dolores. La sangre que bajaba en arroyos por su cuerpo sajado, le hizo un espectáculo de horror y de lástima; pero esto no impedía que aquellos bárbaros acompañasen sus alaridos espantosos

con repetidas carcajadas. En fin, tras una lucha esforzada y una agonía terrible, el desdichado encontró en la muerte el término de su tormento. Estremecidos con tantos horrores Chamilly y yo, nos estrechamos con abrazos violentos, y léjos de poder hablar, apenas nos era dable el exhalar tal cual suspiro. Bien puede venir la muerte á descargar sobre mí su guadaña, pues la he visto tan espantosa, que nunca podrá ya asustarme.

Quedamos hasta el amanecer como estúpidos é inmóviles, atormentados por un sueño funesto, anhelando su término, y sin atrevernos á hacer el menor movimiento, temerosos de que nos fuese fatal. La claridad del alba que reflejaba en la pared frontera, el fresco de la mañana y los vapores embalsamados del rocío, nos restituyeron el sentido. Hice un esfuerzo para incorporarme en el triste lecho, donde

el pavor me tenía comprimido, y me llegué trémulo á la lumbrera, para registrar aquel patio, poco ántes teatro de los escesos mas horrendos. El cadáver mutilado de Rhuliéres yacía sobre el césped ensangrentado, mientras á poca distancia las aves gorgeaban en el albergue de los olmos verdes y frondosos.

A las ocho el alcaide entró en nuestro calabozo, desvaneci6, ó á lo ménos aquietó las zozobras del señor de Chamilly, y me anunció que tendría que dejarle por algunos minutos. Ent6nces sí que á pesar de las protestas de Bault, me consideré perdido; pero haciendo un esfuerzo, en vano me encubre Vd., dije al alcaide, que me llama el tribunal revolucionario para entregarme á los asesinos. Merézcale yo á Vd. el que me diga la verdad: por mas terrible que parezca, estoy pronto á escucharla. — Bault protestó que me la había di-

cho sin reserva, y me juró sobre su cabeza, que léjos de tener que temer á los asesinos, ni siquiera me habían nombrado. Abrazé á Chamilly, y siguiendo á mi conductor, despues de haber pasado muchas puertas y patios, fuimos á parar á una escalerilla escusada, por la que subimos; y en el segundo piso encontramos un corredor lóbrego y estrecho, á cuyo extremo había una puerta. La abrió, y entramos en un cuarto medianamente alhajado, en cuyo centro había una mesa puesta con algunos platos para tomar un bocado. Bault me ofreció una silla, me instó para que bebiese una copa, y despues de disculpase porqué me dejaba solo, se salió y cerró la puerta.

¿A qué venían aquellas atenciones, y cuál era su objeto? Estaba cavilando en esto, cuando abrieron la puerta, y vi entrar al alcaide con un sugeto que traía una banda, y al cual trataba aquel

con mucha distincion. Señor de Fermont, me dijo acercándoseme, aquí tiene Vd. al síndico general, á quien debe la vida, y que desea conversar privadamente con Vd. — Saludé al señor Manuel, y le manifesté mi reconocimiento en términos ménos expresivos que lo hubiera hecho en circunstancias mas sosegadas; pero aquel caballero se hizo cargo de mi turbacion, y se me mostró agradecido. Fuése el alcaide, y quedamos solos.

Necesito detenerme en una reflexion, que cualquiera tendrá á bien hacer conmigo. Algunos escritores fidedignos han impreso, y varios sugetos apreciables han creído, que Manuel no solo profesaba y había propagado las máximas de los escesos revolucionarios, sinó que había tenido un influjo directo en los delitos de los primeros dias de setiembre. No me toca el hacer su apología; pero no puedo



ménos de considerarle bajo un aspecto muy diverso, en vista de lo ocurrido en las conferencias que tuve con él. Voy á recordarlas por su órden, y se juzgará, si mi parecer carece ó no de fundamento. Esta es en corta diferencia la conversacion que tuvo conmigo en la época referida. Lo primero que ocurrirá á Vd., al hallarse aquí con Pedro Manuel, es el juzgarle por un hombre que se ha declarado enemigo de los reyes y apóstol del Gobierno republicano. Pero tengo formada una idea demasiado ventajosa del sano juicio de Vd., para creer que la diferencia de opiniones pueda ser un motivo de enemistad entre nosotros. En mi entender esto solo puede ser un pretexto para romper, y no es posible se valga de él ningun hombre de un carácter decidido. Quedemos pues persuadidos, Vd. de que en la monarquía se cifra la felicidad, y yo de que solo

la república puede proporcionar la independencia; y veamos si se halla entre nosotros una especie de convenio, que hermanando nuestros dictámenes, vaya á parar al mismo blanco, y corone nuestros anhelos con la felicidad general.

Sentemos ante todo un principio: las virtudes propias de los héroes no son siempre compañeras de las altas dignidades; y la falta de carácter de Luis XVI lo ha evidenciado hasta el extremo. El monarca, envilecido, había dejado ya de serlo: el 10 de agosto no le ha destronado, pues desde su coronacion los delitos y las tramas le han ido preparando este vuelco. No se le ha derribado del solio, sinó que este se ha hundido debajo de sus plantas. Jamas se pudo presentar oportunidad mas propia para establecer la república sobre el cimiento de la moderacion y de la virtud. Luis estaba en el suelo, y

ninguno de sus cobardes amigos acudió á darle la mano : no se debía hacer otra cosa sinó dejarle dormir y olvidarle. Pero la ambicion por una parte, y el fanatismo político por otra, han suscitado los movimientos del 10 de agosto, han mandado las muertes que manchan su memoria, y se han apropiado sus resultas. Hoy (me estremezco al recordarlo) el desenfreno de la anarquía, á manera de un torrente asolador, rompió los diques, y arrebató en su carrera sangrienta los monumentos y los hombres.

O atentados inauditos ! continuó Manuel levantándose y paseando acaloradamente por el cuarto : ó desdoro de mi patria ! ¿quién borrará las manchas de sangre que afean tu ropage republicano ? A estas horas todo resto de humanidad ha desaparecido : unos caribes, sentados sobre montones de cadáveres, están empapándose en san-

gre, y sus labios homicidas fulminan nuevas sentencias de esterminio.

Para embotar el acero de estos asesinos.... Manuel fué interrumpido de repente por el alcaide que se le presentó despavorido, clamando que la carnicería continuaba, y que se acababan de llevar á madama de Lamballe. El síndico salió aceleradamente, y quedó solo.

A los diez minutos volvió con la desesperacion estampada horrorosamente en su semblante, con los ojos hinchados de lágrimas, fuera de sí, trémulo y sin habla. Se recostó en una silla, y tapándose la cara con las manos, exclamó entre sollozos : Qué bárbaros !.... qué bárbaros !.... — Yo estaba en pié delante, callado y pensativo, ansioso de preguntar y temeroso de saber demasiado.

Apénas se desahogó algun tanto, señor de Fermont, me dijo asiéndome la

mano, estamos en la boca de un volcan: huyamos de este suelo mortífero que acaba con cuantos lo habitan. El hervor revolucionario ha levantado la espuma, que va á mancharlo y anegarlo todo. En los desiertos abrasados del África hay tigres hambrientos que destrozan y devoran á los viajeros; pero aquí son hombres los que sacian con la carne de otros hombres su apetito desenfrenado. La sangre que están derramando por dos días consecutivos, irrita aun mas su sed homicida; sus brazos cansados de degollar, cobran un nuevo vigor con los mismos asesinatos; y se hallan, por decirlo de una, engolfados en un piélago de delitos. Acaban de asesinar á la preciosa Lamballe.... He visto su linda cabeza separada del cuerpo que había recibido mil ultrajes, y que la llevaban al extremo de una lanza ensangrentada. He visto á un hombre brutal arrancar-

le el corazon palpitante, esprimir su sangre en un vaso, y deleitarse en satisfacer su inhumana sed con esta bebida execrable. Ya creeremos los horribles y trágicos banquetes de la antigüedad, pues todos los delitos de la fábula se hallan comprendidos en los hechos de la historia. —

Cuán penetrado estaba yo del mas vivo dolor! Madama Lamballe, á quien Dios parece que crió para manifestar la beneficencia bajo los rasgos de la hermosura, acababa de perecer en medio de los suplicios y de la ignominia, mientras su matador, colmado de oro y de timbres, insultaba á la moral pública, y fomentaba el desenfreno hasta en el asiento de los legisladores.

Manuel, algo mas sosegado, me fué contando el fin trágico de la desgraciada princesa. Acababan, me dijo, de llevarla ante el tribunal de los asesinos, cuando he llegado. Vestida sencilla-